

como Apéndice, la profunda tesis teológica del R. P. Jorge Sily sobre « La Confesión de la Epístola de Santiago ».

Con la publicación de las conferencias completamos cuanto se refiere a la *Muestra Bibliográfica de la Filosofía Católica y de su posición en la Filosofía Universal*. Este volumen, junto con el *Catálogo de la Muestra* (Fascículos N.º 5, 1940) y los *Gráficos de la Historia de la Filosofía* (Buenos Aires, 1940), perpetuarán la memoria y los frutos de aquella iniciativa, realizada por las Facultades de Filosofía y Teología, con el deseo de fomentar en nuestros países el estudio desinteresado de la Sabiduría.

La filosofía católica en el tiempo presente

MAURICE BLONDEL

Profesor honorario de la Universidad de Aix-Marseille.

(Traducción del original francés por A. C., S. I.)

Desde hace algunos años, en Francia sobre todo, se ha planteado con nueva precisión y abundancia de discusiones, el problema de la Filosofía cristiana y aún, con más rigor si cabe, el de la Filosofía católica. La cuestión ha sido debatida no sólo en los medios religiosos, sino también por los periódicos libres de toda preocupación confesional. En el Congreso Internacional, que durante la Exposición Universal de 1937, reunió en París 1200 adherentes, este mismo problema se ha encontrado íntimamente ligado a uno de los temas esenciales propuestos a los oyentes: el de la trascendencia.

Desde luego, muchos aspectos se presentan ante esta novedad relativa, ahora cuando después de muchos siglos la filosofía parecía separada de toda preocupación estrictamente teológica y cuando, por otra parte, no pocos teólogos declaraban la heterogeneidad formal de la filosofía, que se basta a sí misma en su orden racional, con el cristianismo procedente de una revelación y de una gracia sobrenatural.

Para poner en claro esta actitud secular y hacer útiles las iniciativas de la especulación filosófica, como también la lección de los acontecimientos —importa, en primer lugar, enunciar los datos naturales de este problema, que en verdad se ha agrandado, profundizado y hasta transfigurado—; veremos en seguida, cómo estos datos inéditos imponen una extensión de la tradición ya filosófica ya religiosa, de las que se ha dicho que la primera es siempre perfectible y que la segunda se conserva por el crecimiento mismo de una verdad y de una vida siempre fieles a sí mismas, pero indefinidamente capaces de un desarrollo *in eodem sensu, in eadem sententia, in eodem spiritu*; veremos, en fin, cómo las inmensas perturbaciones de que somos testigos, pero cuyas víctimas no debemos ser, se explican y se resuelven

por la conciencia acrecentada y la práctica del *rationable obsequium*, cuya fiel observancia prescribía ya S. Pablo a las inteligencias y a las voluntades.

I.—Sin duda que en un pasado ya lejano, se trataba realmente de la filosofía cristiana: por éso S. Buenaventura llegó a declarar que para nosotros los católicos, la filosofía no era otra cosa que el cristianismo. No obstante, más bien que de una conformidad de la razón con la fe en la convergencia de una *ratio quaerens fidem* y de una *fides quaerens intellectum*, se trata de la relación respectiva de dos disciplinas científicamente distintas y heterogéneas según su origen, su método y su contenido formalmente inconfundibles, tal como se impone a espíritus contemporáneos, formados según los métodos críticos y siempre atentos a la economía de las diversas técnicas. El problema que debe plantearse aquí, consiste en averiguar si, allí donde concuerdan verdad filosófica y verdad revelada, manteniendo su diversidad, subsiste un puente que las una, una preparación o un apoyo recíproco, una posibilidad de ayuda mutua, de simbiosis, de unión fecunda, sin temor de confusión. En una palabra, ¿cómo transformar lo que es presentado a menudo como una superposición extrínseca, o un añadido postizo, en una compenetración intrínsecamente vital, que a la sombra de un misterio que permanece fuera de la conciencia, realiza no obstante en la acción fiel, y a través del claro oscuro de la fe, una síntesis, siempre misteriosa en verdad, pero que ofrece a la inteligencia una coherencia especulativa y práctica que, legítima y decisivamente debe tener en cuenta la filosofía?

Esta simple exposición, sumaria y seca como una tabla, nos sugiere por sí sola, las exigencias doctrinales que debemos satisfacer, exigencias, a las cuales precisamente el movimiento filosófico del último medio siglo, ha permitido aportar soluciones apropiadas. De ahí sucede de ordinario que una causalidad recíproca entre la renovación de los métodos científicos y filosóficos, y las necesidades filosóficas, resultante de la evolución general de la civilización, haya constreñido al oficio de la filosofía a extenderse mucho más allá de una abstracta organización de conceptos, que demasiado a menudo termina en un racionalismo ciego, en un idealismo y en un inmanentismo exclusivo de toda realidad trascendental a la experiencia de los hechos o a la construcción de nuestro pensamiento. Por éso, el mundo de la acción y de la creencia (como lo notaba Boutroux en la sesión inaugural del primer congreso internacional de filosofía, cuyo presidente era, París, 1900) lejos de reducirse a un formalismo moral o a una ciencia empírica de las costumbres y de las instituciones,

abre un campo original a la investigación; efectivamente, ésto es volver a encontrar la inspiración primera de la filosofía naciente, porque desde sus comienzos, era ella no solamente especulación teórica y curiosidad científica, sino aspiración infinita, impulso hacia la más alta de las vidas, amistad con la sabiduría por el sentimiento mismo de la impotencia humana para realizar el ideal del sabio.

De aquí resulta que encerrarse en una filosofía separatista y ciega que pretendiese bastarse a sí misma en su autarquía, sería desconocer el carácter esencial de la naturaleza humana nacida para el infinito, según la palabra de Pascal; sería pecar por infatuación: *ybris*; sería erigir nuestra carencia, con todas nuestras deficiencias, como un fin en sí mismo y faltar a la inspiración primitiva de la que han nacido el espíritu y el nombre mismo de la filosofía.

Reconocido ésto, ¿no se ve inmediatamente que el estudio de nuestros límites y de las condiciones de que depende la conciencia de nuestras insuficiencias, estrechamente ligada a la realidad de un destino trascendente en nosotros, nos arrastra imperiosamente a plantear el problema específicamente religioso que prolonga congenitalmente la inquisición filosófica sin confundirse con ella? Aquí está el primer pilar del puente que nos podemos construir y al cual es mucho más razonable que nos aferremos si alguien nos lo llega a ofrecer y señalar. Ahora bien, allá precisamente nos conducen los pasos recientes de una filosofía abierta por su propio movimiento y dócil por razón a los llamados que solicitan su encuesta y su libre y buena voluntad.

II.—Quizás estas rápidas indicaciones basten para hacer justicia al racionalismo que ha reinado por mucho tiempo y que hoy día parece ya pasado de moda. Sin embargo, aunque haya sido dejada atrás la estrecha tesis, en la que se inspiraban los enciclopedistas o los positivistas, adversarios de toda metafísica religiosa, en su pretendida « filosofía de las luces », todavía hay mucha distancia entre la confesión de una necesidad espiritual y de una fuerza ulterior a la ciencia y los dogmas y preceptos cristianos.

La tarea de hoy es purificar las inteligencias que vuelven a las creencias, pero que ignoran los aspectos coherentes y exigentes del cristianismo; es, como consecuencia, instituir una exposición metódica de la admirable armonía que ofrece la constitución divina y humana de la fe y de la práctica católica. Llegados aquí, es esencial no pretender adivinar, deducir, agotar los misterios de gracia, de pensamiento y de vida, que ni nuestra razón ni nuestra conciencia pue-

den alcanzar en su origen, en su carácter sobrenatural, en sus efectos vitales.

Por lo menos es de extrema importancia no dejar creer que todo en ellos está envuelto en tinieblas, que todo ha sido pasivamente recibido, que todo es mágicamente eficaz, sin que participen en ésto las virtudes humanas y las energías naturales y morales del hombre. Con estas reservas, sí que hay una filosofía católica: la que sin presunción ni pretensión de naturalizar o de racionalizar en cualquier grado que sea el orden intrínsecamente gratuito y propiamente sobrenatural, muestra, sin embargo, lo que hay de inteligible, de lógico, de realista a través de todas las complejidades del plan divino, plan que por la creación, la redención y la santificación, da él solo, un sentido adecuado a las aspiraciones, a las pruebas, a la sublimidad del destino humano.

Así es como una filosofía fiel integralmente al objeto total de una inquisición, que según su confesión implícita, nada deja escapar de lo que se debe conocer o hacer, se vuelve a la vez especulativa y práctica porque tiende a proponernos el único y verdadero totalitarismo. Nada, pues, de artificial, de arbitrario ni de restrictivo en esta filosofía, de la que San Bernardo, adelantando la justificación explícita de la fórmula en que yo resumo su tesis, podía decir: *non adjutrix nisi libera, non libera ni adjutrix philosophia*. Es necesario, en efecto, que la filosofía guarde su espontaneidad, su sinceridad, su autonomía; pero para que su testimonio sea admisible, es también necesario que se haga dócil y sumisa a la verdad que la esclarece y la hace libre, porque esta verdad está hecha de bondad infinita y de sobrenatural caridad.

III.—Podría, debería ser suficiente instaurar esta filosofía integral *per arma lucis*. Pero oímos resonar el fragor de otras armas en un mundo que a menudo se muestra metódicamente descristianizado. ¿Resultará de ello, de esta constatación, una objeción decisiva contra el esfuerzo de una filosofía católica aparentemente rechazada, o más bien surgirá de la terrible experiencia a que hemos sido sometidos, una prueba más manifiesta de los deberes, de la influencia y de la eficacia de una cultura filosófica impregnada más íntimamente del espíritu cristiano, ese espíritu del que se puede siempre repetir que es un desconocido en medio de nosotros y que por consiguiente puede en todo tiempo ser presentado como una Buena Nueva, siempre rica en novedades, *nova et vetera*, y siempre adaptada a las necesidades crecientes?

Sin duda el estudio del pensamiento y de la vida humana tal como se presentan en la realidad histórica y en la atmósfera de la tradición, donde se ha desarrollado nuestra civilización, puede aportar certidumbres decisivas; pero la condición terrestre, no comporta esta plenitud en el tiempo de la prueba y en medio de los riesgos de la vida militante. En nuestros tiempos de turbación, cuando resuenan tantas voces discordantes, y cuando tantas seducciones retraen las almas de la vida interior y superior, pocos hombres son capaces de un examen fundamental y de la fidelidad práctica a la luz que aseguraría su objetividad. No es otra la razón porqué, por un método de ausencia y de pruebas *a contrario*, la lección de los hechos y de las tribulaciones que resultan de una apostasía más o menos generalizada, se vuelve útil para imponer enseñanzas y reflexiones que a las conciencias parcialmente obnubiladas, la sola especulación no puede inculcar.

Tal puede y debe ser el sentido profundo de los trágicos sucesos que ponen en pugna dos concepciones contradictorias de la naturaleza humana y de nuestro destino. Sin embargo esta enseñanza de los hechos brutales tiene necesidad de ser iluminada por el comentario de una reflexión verdaderamente filosófica para que sea íntimamente comprendida y produzca los efectos necesarios para la salvaguardia y el progreso de todos los valores indispensables a la salud temporal de las sociedades y a la salud eterna de las personas destinadas a la vida inmortal.

Percíbese así la envergadura actual, la urgente función de una filosofía que fiel siempre en mantener la distinción esencial entre el orden natural y moral y el orden gratuito y sobrenatural, jamás olvida que de hecho, nadie puede escapar del destino indeclinable y único que resume la justificada e imperiosa alternativa: el que no está conmigo, está contra mí; quien no está contra mí, está conmigo. Nada de neutralidad fundamental, tanto que en la medida en que la razón es fiel al llamado mismo de la vocación que es la de todo hombre, la filosofía trabaja por el alma invisible y real de la Iglesia, mientras que por el contrario, si las conclusiones filosóficas, con conocimiento de causa, excluyen las exigencias conocidas y comprendidas de este único destino infundido en toda conciencia, el peligro de infidelidad positiva, aparece infinitamente grave.

Se trata, pues, para la filosofía católica, no solamente de exponer una doctrina impersonal y enteramente teórica: trátase también, según una distinción de Santo Tomás, demasiado poco usada, de tomar a los extraviados, a los incrédulos donde de hecho están, de extraer

de sus mismos errores y caídas, las razones que implícitamente disipen sus prejuicios, condenen sus faltas y enderecen o completen los juicios en los que siempre se podrá encontrar una parte utilizable de verdad. Tal es, declara una vez más el Gran Doctor, en su *Suma contra los gentiles*, el modo mayor de la filosofía, del que se han servido los Padres de la Iglesia, *ex iis quae dicunt errantes, rationes assumere ad errores eorum destruyendo*.

Tal es la obra de luz, de justicia, de caridad, que actualmente, para adaptarse a las necesidades inmensas de los espíritus, debe cumplir la filosofía cristiana y humana a la vez, con toda competencia doctrinal y en toda su comprensiva condescendencia.

Octubre, 1939.

Aristotelismo y filosofía cristiana en el tomismo

BLAISE ROMEYER, S. J.

Ecole de Hautes-Etudes, Vals-près-Le Puy
(Haute Loire) France.

Traducción del original francés por R. S., S. I.)

Aunque de buena gana concedamos que S. Tomás parecía tener fe en la ortodoxia filosófica de Aristóteles (1), es, sin embargo, evidente, que tomaba la precaución de interpretar su doctrina de modo que pudiera insertar en ella los problemas básicos de esa filosofía que los pensadores cristianos paulatinamente maduraron (2). Ya en uno de nuestros estudios anteriores (3) hemos tratado de poner en claro cómo se elaboró por su medio el contenido de la filosofía cristiana y se precisó su concepto.

(1) Particularmente en los puntos siguientes: 1.º, *el método*, que como *a posteriori* se opone al proceso platónico o pitagórico (III *Metaphys.*, lect. 1); 2.º, *la doctrina* reputada espiritualista (II *Anal. post.*, XX, 12), monoteísta (Et. Gilson, *L'esprit de la philosophie médiévale*, I, pág. 58), y aun creacionista (Ibid. p. 241).

Sin embargo Santo Tomás no deja de hacer incapié en la insuficiencia de la doctrina de Aristóteles acerca de nuestro fin último. Este fin, en lugar de restringirlo a una contemplación pasajera y reservada a una casta, lo concibe como un destino común, como inmortal e integral: destinado a todos aun a los niños muertos en estado de pecado original (*De Malo*, V, 3), ya que es *natural*; inmortal por la sobrevivencia personal incorruptible de nuestra alma (II *C. Gentes*, 84 et III, 48); integral, en razón de la resurrección definitiva de nuestro propio cuerpo (IV *ibid.*, 79). Santo Tomás, como teólogo, pone el fin último efectivamente sobrenatural en el don divino de la visión intuitiva de Dios (*La Philos. chret. j. Descartes*, III, p. 142-144), basado, sin duda, en este apoyo sustancial que le presta la exigencia de la naturaleza.

(2) Siendo así que Aristóteles en lugar de reconocer la contingencia radical de los elementos cósmicos, afirma su eternidad necesaria, sustituyendo así el creacionismo racional por el ininteligible dualismo de la materia y del acto puro; y que por consiguiente la concepción aristotélica de una «materia prima» ininteligible se deriva de este dualismo ontológico; un temible problema se plantea: el hilemorfismo de S. Tomás ¿es básicamente uno?

(3) *La Philosophie chrétienne jusqu'à Descartes*, 3 vol., Paris, Bloud & Gay, 1935-37.